

CRONICA RETROSPECTIVA

Tolstoi en una velada musical

HACIA JASNAIA-POLIANA

En la noche del 1.º de Diciembre de 1909, asistí con un amigo a un concierto sinfónico, dirigido por Oskar Fried en la Sala de la Nobleza de Moscú. Cuando aprovechaba un intermedio para recorrer los pasillos, se me acercó Sergio Koussewitzky, hombre que honra singularmente la música por su incansable y múltiple actividad de director de orquesta y de mecenas. Me preguntó: «¿Quisiera usted tocar para Tolstoi pasado mañana en Jasnaia-Poliana?». Es fácil imaginar el entusiasmo con que fué acogida esta propuesta. La partida fué fijada para el día siguiente a media noche. Koussewitzky me dejó indeciblemente emocionado ante la idea de que dentro de algunas horas podría estrechar la mano de quien ha escrito tantas obras maestras y contemplar a mis anchas esta figura legendaria, la más grande que ha brillado en los albores del siglo XX.

A la noche siguiente nos encontramos en la estación de Koursk, llevando con nosotros al señor Goldenweiser, amigo íntimo de Tolstoi y magnífico pianista, quien quiso servirnos de compañero en esta memorable expedición.

Ocho horas dista de Moscú la estación en donde debíamos bajar. Cuando llegamos allí, a las ocho y media de la mañana, apenas comenzaba a amanecer. Era uno de esos días sombríos y tristes que inundan el alma de profunda melancolía. Pero nuestra impaciencia era demasiado viva para detenernos en el menor ensueño. Pronto nos instalamos en los dos trineos que nos esperaban en la estación, y partimos a toda prisa.

ANTE EL NOVELISTA

Media hora después los trineos entraron en una larga avenida. Al fin de ella, hay una casa gris, de madera, de grandes dimensiones, delante la cual nos detuvimos. En esta casa fué donde Tolstoi nació y vivió casi toda su vida. En el umbral de la puerta, cosa realmente inesperada, fuimos recibidos por un criado, cuya chaqueta

estaba adornada con botones donde resaltaba una corona condal. Entramos en una pequeña antecámara y de repente, al volverme hacia atrás, percibí a nuestro ilustre huésped bajando la escalera.

Aunque no hay en el mundo entero una fisonomía más conocida que la de León Tolstoi, yo no tenía idea hasta ese momento de la impresión magnética producida por aquellos ojos extraordinarios. Su estatura, muy elevada, se realizaba más por su porte orgullosamente erguido. Caminaba con fuerza y firmeza. Vestía como siempre, con el traje de mujik: chaqueta blanca con cinturón, pantalones gruesos y botas altas. Me estrechó la mano calurosamente y me dijo en un francés muy puro (hablaba o leía en doce o catorce idiomas): «He soñado con su música toda la noche y, en mis sueños, he escuchado una maravillosa melodía, que estoy seguro de encontrar en las obras que usted va a ejecutar». Diciendo ésto se despidió de nosotros para hacer su caminata cotidiana. Al través de los vidrios le vimos alejarse a grandes pasos.

EL LABORATORIO DEL GENIO

La pieza donde fuimos introducidos primero era su gabinete de trabajo. Allí escribió entre otras cosas, *Ana Karenina* y *Resurrección*. Mis amigos se tomaron algún reposo y yo aproveché la espera para escribir dos páginas de la partitura de orquesta de mi Suite Op. 13, en la ilustre mesa que ha visto nacer tantas obras maestras. Más bien superstición que inconsciencia o falta de respeto. Un poco más tarde, en la mañana, subimos al piso superior, al gran comedor. Había allí varias personas: una hija del conde; una nuera, mujer de un hijo con quien el padre se había disgustado, pero a cuya esposa seguía recibiendo; además, estaba el médico particular de la casa, Dr. Armouriski (el mismo con el cual debía partir un año más tarde Tolstoi enfermo). Cuando el conde regresó, fué servida la mesa. El almuerzo era uno de los más detestables que he comido en mi vida, hecho de

esa cocina rústica rusa, cuya abundancia bastaría para ocho días al más sólido estómago occidental. Claro es que nosotros estábamos muy poco interesados en lo que se nos ofreció, ocupados tan sólo en contemplar aquella admirable figura, tan rica en profundidad, en grandeza, en energía y, sobre todo, en bondad. La conversación, un poco forzada al principio, se animó poco a poco, porque el conde supo inspirarnos confianza pronto y hasta nos hizo olvidar la distancia moral e intelectual que nos separaba de él. ¡Qué vivacidad, qué lucidez de espíritu en un anciano de ochenta y dos años!

GUSTOS MUSICALES

Tan pronto como terminó el almuerzo, Tolstoi se dispuso a escuchar y yo comencé a ejecutar mi programa. El conde se emocionó excesivamente con un sencillo y espiritual Allegro de Mozart. Pude advertir que sus ojos estaban húmedos de lágrimas.

Bach, Haendel, Beethoven, Schubert, Scarlatti, Chopin, siguieron en seguida. Y en el curso de esta ejecución pude darme una idea exacta de los gustos del gran pensador. Principalmente gustaba de la música sencilla y melódica. Era casi insensible a la polifonía. Y por encima de todo, amaba la música popular, no importa de cuál país, toda la música nacida del pueblo. No le agradaba en absoluto la música moderna y, después de Beethoven, el único compositor que le emocionaba profundamente y aceptaba con deleite era Federico Chopin. Adoraba a Mozart; de Bach sólo apreciaba las composiciones de pequeñas dimensiones y poco polifónicas. En resumen, sobre todo sentía afición por la música antigua, popular o con motivos populares y en estilo vivo y alegre. Este grande hombre—cosa curiosa—este genio tan severo no se complacía con la música triste.

Después de dos horas de música, salimos de la casa a fin de que uno de nosotros tomase algunos recuerdos fotográficos. Luego, con gran asombro nuestro, Tolstoi montó en su caballo sin ninguna ayuda y se alejó acompañado del señor Goldenweiser.

Aproveché su ausencia para conversar largamente con su médico, el cual me hizo visitar la alcoba del conde, verdadera celda monacal con muros blancos y desnudos; una pequeña cama de hierro, un modesto lavabo y

una mesa cerca al lecho. Encima de éste, formando el ángulo del rincón, una plancha con una veintena de libros: las Santas Escrituras, de todas las religiones, Biblia, Corán, Confucio, etc., la mayor parte en sus textos originales.

Después de la cena, recomenzamos la música. El conde era insaciable y nos reclamaba a cada instante nuevas piezas. Viéndolo tan feliz, era imposible negárselas.

CORDIALIDAD DEL MAESTRO

La noticia de nuestra visita se había extendido por los alrededores y algunos aldeanos de las haciendas vecinas se introdujeron furtivamente en la pieza contigua, desde donde escuchaban la música. Habiéndose apercebido de esto, Tolstoi abrió la puerta y los hizo tomar puesto cerca de él. Entre las obras ejecutadas en esa memorable velada, recuerdo los «Cuadros de una Exposición» de Mussorgski, obra que le gustaba mucho a Tolstoi, a pesar de su aversión por la música moderna. Se hizo tarde y fué preciso poner fin a tan inolvidable día. El conde se sentó junto a nosotros para tomar una última taza de té. Nos habló entonces como a viejos amigos. Nos manifesté toda la alegría que había experimentado oyendo música. Me preguntó por mi familia, mi vida y hasta por mi salud. Me encontró de aspecto un poco delicado y me aconsejó procurar más fortaleza física que consideraba necesaria para la firmeza moral.

Dieron las once, hora de retirarse el gran anciano. Todos nos levantamos en silencio, recogidos religiosamente. Tolstoi nos dijo: «Gracias una vez más, amigos míos. He estado muy conmovido y emocionado con lo que he oído, y espero volverlos a ver en la tierra o si no, en el más allá, si es que hay un más allá», agregó con una sonrisa ligeramente escéptica y triste.

Se dirigió lentamente hacia su cuarto, entre el silencio grave y respetuoso de la concurrencia. Al llegar al umbral, se volvió para hacernos una señal amistosa con la mano antes de desaparecer de nuestra vista. Una hora después, tomamos el tren para Moscú llevando en el corazón una indefinible mezcla de alegría, tristeza y eterno reconocimiento.

(De las Memorias de Alfredo Casella).